naba la ciudad con el nombre de *custodio* (1). En caso de vacante del poder real, nombraba el senado de cinco en cinco días un interrey. Finalmente unos cuestores encargados de la instrucción de las causas criminales, velaban además sobre la repartición de las cargas públicas *(munia)* y sobre la recaudación de ciertos impuestos ó rentas; y los llamados *duumviri perduellionis* juzgaban los casos de alta traición que el rey no se reservaba.

Al lado de este pueblo de las casas patricias, que sólo él forma el Estado, hace las leyes, suministra miembros al senado, reyes y sacerdotes á la república, que lo tiene todo: la religión, los auspicios por los cuales está en comunicación con los dioses, los derechos políticos y privados, las tierras, y en la multitud de sus clientes un ejército á sus órdenes; por debajo de esta clase soberana hay hombres que no son clientes, ni servidores, ni miembros de las *gentes;* que no pueden entrar por matrimonio légal en las casas patricias; que no tienen patria potestad, ni derecho de testar, ni de adoptar siquiera; que no intervienen en ningún negocio de interés público, y quedan fuera de la ciudad política, como viven fuera de la ciudad material, más allá del *pomerio*, en las colinas que rodean el Palatino.

Estos hombres son los *plebeyos*. Antiguos habitantes de las siete colinas, ó vencidos llevados á Roma, extranjeros atraídos por el asilo, clientes que perdieron á sus patronos, están como Apio se lo dirá más tarde, sin auspicios, sin familia, sin mayores. Pero son libres, tienen bienes (2), ejercen oficios, y honran ya á Mercurio, el dios plebeyo del comercio, que andando el tiempo enriquecerá á algunos de ellos (3); ellos arreglan sus diferencias por medio de jueces elegidos en su seno, no reciben órdenes sino del rey, y combaten en las filas del ejército romano para defender los campos que cultivan y la ciudad á cuyo abrigo han hecho sus viviendas. Muy pronto los encontraremos hechos ciudadanos de Roma por las leyes de Servio.

En la antigüedad, lo mismo que en la edad media, la victoria daba al vencedor la persona y las tierras del vencido. Rómulo, de una manera ó de otra, por la conquista ó por cesión voluntaria, dueño del *Ager romanum*, habría, pues, podido dividirla igualmente entre las familias conquistadoras. Esta repartición primitiva, atestiguada por todos los escritores, establece entre los ciudadanos una igualdad de fortuna á que muchas veces se procuró volver por medio de leyes agrarias. Cada *gente* recibió acaso un lote ó suerte de veinte yugadas, á condición de suministrar al ejército diez peones ó un jinete: la legión se compuso, pues, de tres mil hombres de á pie y trescientos de á caballo.

Temo que esta explicación parezca una reminiscencia de la organización de los ejércitos feudales, como la clientela nos recordara el vasallaje. Sin embargo, el mismo sistema se encuentra en Grecia. Esparta tenía también tres tribus (φυλαὶ) y treinta curias (ὠβαί), á cada una de las cuales se habían adjudicado trescientos lotes de tierra, y cuyos miembros formaban el ejército y el pueblo soberano. En Roma mismo la posesión del suelo arrastraba, como la de un feudo, la obligación del servicio militar; y el ciudadano sin tierras *(Erarius)* no era más admitido en las legiones, que el franco sin dominio ó el lombardo sin caballo de guerra lo era en la hueste del rey. Bajo apariencias diferentes se parecen muchas edades del mundo. En la naturaleza un pequeño número de elementos esenciales produce la variedad infinita de los seres; lo mismo en el mundo político, las formas sociales más diversas envuelven con frecuencia principios semejantes. No hay que deducir de esto, sin embargo, que la humanidad oscile como las olas del mar en flujo y reflujo perpetuos: en esta eterna evolución de los seres y de los imperios los principios no permanecen inmutables, sino que se modifican y se desenvuelven. El mundo parece rodar en el mismo círculo; pero este círculo es una espiral que á veces vuelve sobre sí misma y acaba siempre por subir más arriba.

Lo que acabamos de recordar era, en la tradición, obra del primer rey, es decir, de los tiempos antiguos; porque la imaginación popular que no ve más que dioses en los fenómenos de la naturaleza, no ve tampoco más que hombres en las grandes fases de la historia, y atribuye al héroe que inventa, ó cuyo nombre ha recogido, el trabajo de diez generaciones. Para los romanos, Rómulo era quien había dividido el pueblo en tribus y en curias, quien había creado los caballeros y el senado, establecido el patronato, la patria potestad, la autoridad marital, y prohibido los sacrificios nocturnos, la muerte de los prisioneros, la exposición de los niños que no fueran deformes. El fué también quien, abriendo el asilo y dando el gran ejemplo de llamar á los vencidos á la ciudad, impidió que Roma, como Esparta y Atenas, quedara despoblada, ó, por usar la expresión de Maquiavelo, como un árbol inmenso, pero sin raíces, amenazado de caer al más ligero viento (4).

(1) *Custos urbis*. La denominación de *præfectus* es más moderna. Joan. Lyd., *de Magist.*, I, 34, 38; Tac., *Ann.*, VI, 11.

(2) Ya los que conservaran en el territorio de las ciudades conquistadas, ya las asignaciones de los reyes. Dos palabras expresan la separación de los dos pueblos: los plebeyos no tenían con los patricios ni *connubium* ó derecho de matrimonio, ni *commercium* ó derecho de comprar y vender.

(3) A lo menos Tito Livio dice (II, 27) que poco antes del establecimiento del tribunado, se hizo en Roma la dedicación de un templo á Mercurio, estableciendo, bajo el patronato del dios, un colegio de comerciantes.

(4) «Esparta y Atenas eran en extremo belicosas y tenían las mejores leyes. Sin embargo, no crecieron como Roma, que parecía regida por leyes menos buenas. Esta diferencia no puede provenir sino de las razones explicadas más arriba (la introducción en Roma de los vencidos y la concesión del derecho de ciudadanía). Atenta á aumentar su población, podía Roma poner sobre las armas 280,000 hombres, mientras Esparta y Atenas no pasaron nunca de 20,000 cada una. Todos nuestros establecimientos imitan á la naturaleza, y no es posible ni natural que un tronco débil sostenga poderosas ramas. El árbol cargado de ramas más fuertes que el tronco se fatiga de sostenerlas y se rompe al más ligero viento. (Macchiavello.)

(5) SABINA. Reverso de un medallón de bronce de Constancio II. En medio los tres límites ó metas del Circo.

Sabinas arrojándose entre los dos ejércitos (5).



# CAPITULO III

## RELIGIÓN É INSTITUCIONES RELIGIOSAS

### I. – Los dioses públicos.

Como se habían puesto á cuenta de Rómulo las instituciones civiles, que habían sido las de la Italia central, de que salieron los romanos, hízose de Numa Pompilio el autor de las costumbres importadas del Lacio y de la Sabina. Sus dioses nos son conocidos. Los más venerados fueron al principio Jano, la gran divinidad nacional, cuyo nombre va delante de todas las invocaciones solemnes, el dios de dos caras, porque es el que abre y cierra, el que comienza y acaba (1); Jovis ó Júpiter, el dios de la luz, de quien se hará el padre y conservador de todas las cosas; Saturno que protege el grano arrojado á la tierra; Minerva, que advierte oportunamente al labrador los trabajos que ha de hacer (2); Marte, símbolo de la vida renaciente en la primavera y de la fuerza viril á que ningún obstáculo se resiste (3); Quirino, el dios sabino, que confundido un día con Rómulo, descenderá á la categoría de los semi-dioses; Vesta, cuyo altar marcaba el centro de la vida doméstica en la casa y el de la vida política en la ciudad; Vulcano, otro dios del fuego, del fuego que devora y destruye, del fuego también que doma el hierro y fuerza á los más duros metales á someterse á las necesidades humanas. Desde muy temprano tuvo consagrado un altar, el Vulcanal, por encima del *Comicio*. Allí, según la tradición, se encontraron Rómulo y Tacio para ajustar la paz.

Marte

Diana y Jovino eran las formas femeninas de Jano y de Jovis; la una diosa de la noche y de los bosques sombríos; la otra, Juno, la diosa del día y de la vida, la reina del cielo, *mater regina* y *Juno Sospita*, protectora de las matronas que guardan la fe conyugal. Su santuario de Lanuvio era famoso: los sacerdotes tenían allí una serpiente á la cual todos los años ¡prueba terrible! una virgen ofrecía una torta sagrada. Si la rehusaba, era que la joven no había guardado su pureza virginal. Diana, que se unirá después á la Artemisa griega, era también una especie de Lucina á quien solían invocar las parturientas para salir en bien de su trance. Los hombres honraban en ella á la diosa de los bosques misteriosos, y como el Lacio estaba cubierto de ellos, era una de las grandes divinidades de los latinos. Ya vimos que Servio le erigió un santuario en el Aventino cuando quiso unir los destinos de Roma á los de las ciudades latinas.

En una época de refinada filosofía, explicaba Plutarco que el culto de la Fortuna completaba el del Destino; que la diosa de alas rápidas disponía de los sucesos accidentales, mientras el *hijo de la Necesidad* velaba por el mantenimiento de las leyes inmutables del universo y por la ejecución de los decretos soberanos dictados por el dios supremo:

Juno amamantando á Hércules. (Estatua del Vaticano.)

oposición de lo contingente y de lo necesario, del dominio en que puede ejercerse la libertad humana y de aquel en que reina la Providencia divina.

Los romanos no entraban en tanta filosofía; pero sentían confusamente que no todo en la vida obedece á leyes fatales, y según su costumbre, hubieron de crear una divinidad que respondiera á este sentimiento, Fortuna, vieja deidad italiana que se suponía llevada á Roma por Servio y que ciertamente fué ella sola. Era muy venerada en Preneste y en Ancio (Sortes) (4) y un día contará con más adorado-

(1) Según Dion (fr. 18) Jano tiene dos caras, porque sabe lo pasado y lo futuro. Esta interpretación es relativamente moderna. En el fondo, Jano debe de haber sido un dios solar, símbolo de la eterna revolución de las cosas.

(2) Minerva, ó más bien Menerva, es un nombre de la misma familia de palabras que *mens*, *movere*, *meminisse*, de donde provino la transformación de esta divinidad agrícola en diosa de la ciencia y del arte y su confusión con la Atenea griega (Breal., *Mel. de mythol.* p. 35).

(3) Las monedas lo representan ya en figura de un joven cubierto con un casco, ya montado en un carro y blandiendo una lanza ó llevando despojos. A la leyenda de Marte se refiere la que es mucho menos clara de *Anna Perenna*, cuya fiesta, tal como Ovidio la describe, recuerda un tanto las populares de la moderna Roma.

(4) Las *sortes* de Preneste, tan famosas en toda la Italia, eran unos

res que los grandes dioses del Capitolio. La última capa del pueblo, los esclavos, festejaban todos los años, el 24 de junio, á la que podía dar la libertad y aún la riqueza; y en sus plegarias mezclaban el nombre de Servio con el de la buena diosa, que de aventurero, lo había hecho rey de Roma. «Cuando la diosa entró en Roma, dice Plutarco, depuso sus alas en señal de que quería permanecer allí;» y

La Fortuna. (Estatua del Vaticano.)

en efecto, allí está aún: el romano de hoy cree tanto en la suerte, como el de la antigüedad.

Innumerables eran sus sobrenombres y por consiguiente sus templos, porque cada epíteto que se le daba expresaba la gracia particular esperada de ella, y parecía haber tantas diosas de la Fortuna como motivos para implorar el Azar. Así, los romanos dividían la divinidad, según las funciones que le daban á llenar, y todos sus dioses tenían muchas caras, como si aquel pueblo hubiera sido incapaz de contemplar un rostro divino en su grandeza y serenidad.

Hasta las mujeres quisieron tener su diosa de la Fortuna, *Fortuna muliebris*, á la cual las matronas, cuyas lágrimas vencieron á Coriolano, erigieron un templo. También consagraron otro á la *Fortuna viril*, que tuvo al principio una función muy moral, la de velar por la fidelidad de sus maridos; pero que acabará por no ser más que la diosa de todas las coqueterías femeniles. Este templo subsiste, y es justo porque la diosa reina siempre.

Los dioses del mundos ubterráneo, Telo, Terra-Mater, Ceres, Dis-Pater, etc. hacían germinar las semillas en el seno de la tierra silenciosa, y también guardaban á los muertos. Los del mar tan numerosos entre los griegos, que pasaban la mitad de su vida en el agua, no podían tener crédito en un pueblo sin marina. Pero en la región media habitaban las deidades de la tierra *Medioxumi*, dioses de los campos y de los bosques, de las mieses y de la vendimia, de las fuentes y de los ríos, dioses populares, adorados con más solicitud y piedad que los grandes dioses que vivían demasiado lejos. Allí reinaban *Bona Dea* ó Maya, la Tierra, que produce todas las cosas necesarias á la vida, y que por esta razón se llamaba la Gran Madre, *Mater Magna*; Saturno, el *buen sembrador*; Fauno, Silvano, Pales, dioses de los bosques y prados, que protegían la casa de campo, el huerto, el corral, establecidos en un claro del bosque, y ahuyentaban los lobos y las enfermedades funestas.

En los antiguos días fué Italia, como lo es hoy, el país de los grandes pastos, y el campo romano conserva todavía los rudos pastores, cuyos juegos solamente quiso pintar Virgilio. Sus grandes fiestas, *Palilia*, se celebraban el cumpleaños de la fundación de Roma, el día 21 de abril, y la colina real de Rómulo llevaba el nombre de su divinidad (1). Rumina, la madre nodriza, velaba por las crías del ganado; y de aquí el nombre de *higuera Ruminal* á cuya sombra dió la ubre la famosa loba á los gemelos Rómulo y Remo. Rubigo preservaba del tizón los trigos, Vertumno y Pomona maduraban la fruta del huerto. La diosa de las flores, de la alegría y de todos los encantos de la naturaleza, Feronia, parecía menos pródiga de favores útiles; sin embargo, estaba en tanto honor, que pudo Aníbal robar de su templo, al pie del Soracte, un rico tesoro. Flora y Venus le harán con el tiempo gran competencia.

Liber, el genio que tiene el modesto cuidado de asegurar la abundancia en la mesa de sus adeptos, heredará también la rica leyenda del Dionisos Tebano y del Baco de la India; como Hércules, el guardián de los cercados vendrá á ser el glorioso hijo de Júpiter y Alcmene, cuando la onda de la poesía griega haya fecundado el suelo de la mitología italiana.

Por encima de las náyadas, de las ninfas y de todos los genios de las aguas se elevaba el *Pater Tiberinus*, el potente río, que no quería ser encadenado por un puente de piedra, ni toleró mucho tiempo encima de sus aguas más que el puente Sublicio, hecho de madera sin una barra de hierro siquiera. Y todavía para prevenir la cólera del dios, hubieron de encargarse los pontífices de construirlo ellos mismos, y ellos dirigieron sus reparaciones, que no se ejecutaban sino á vueltas de ceremonias religiosas. En las edades remotas el dios Tíber había exigido víctimas humanas; ahora se contentaba con veinticuatro maniquíes de mimbre, que todos los años, el 13 de mayo, arrojaban las vestales á su lecho desde lo alto del puente Sublicio.

A todos estos dioses se daba el nombre de padres, que hubiera hecho sonreir á un amigo de Horacio, pero que en el viejo Lacio era el título más augusto para el hombre y para la divinidad. Eros, cuya importancia tal y tanta es en la *Teogonía* de Hesiodo, como el ordenador armónico de los elementos del caos, como la divinidad poderosa que, teniendo en sus manos el corazón de los hombres y de los dioses despierta en él los sentimientos afectuosos y dulces, no ocupa lugar en la religión romana de las primeras edades. Estos dioses están bien unidos por parejas: Saturno y Lua, Quirino y Hora, Marte y Nerio; pero el hijo de Afrodita no está aún en medio de ellos. Estas parejas sin amor

palillos que sacaba un niño al azar, como se sacan todavía en Roma os números de la lotería.

(1) Palatino, de Pales, palabra derivada de la raíz *pa*, que ha formado los verbos que significan pacer, en griego, en latín, en francés y en español.



y sin posteridad representan en su severidad la familia latino-sabina, que no daba sitio en el hogar sino á la matrona y á su rudo esposo.

Los innumerables dioses de la *Indigitamenta*, es decir, los dioses cuyos nombres estaban escritos en los registros de los pontífices, formaban una clase aparte. Tenían el carácter singular de presidir á todos los actos de la vida, desde la cuna hasta el sepulcro, hasta á los más ínfimos, á todas las necesidades del hombre, alimento, abrigo, vivienda, á todos sus trabajos, etc.; pero de tal suerte, que cada uno de ellos respondía á una sola de estas necesidades. No

*Fauno*, de Praxíteles (1)

se les conoce más que por el epíteto ó adjetivo que designa su función. Satisfecha la necesidad ó consumado el acto, no se les dirige ya deprecación ninguna y hasta parece que no existen. Los unos se ocupan en el ministerio de la concepción ó de la preñez; otros del alumbramiento; estos se cuidan de la lactancia del párvulo; aquellos le hacen dar su primer grito, y así sucesivamente toda la vida. ¡Extraña ilusión del hombre adorando las concepciones de su propio espíritu! Pero este pueblo de tan tremenda energía, que jamás conoció las contemplaciones melancólicas, ni los místicos fervores, estos hombres de acción y de perseverancia no sabían hacer nada solos ó de suyo. Tratárase de sus intereses privados ó públicos, el romano quería tener siempre un dios á mano. Es característica esta otra observación: los griegos tenían sus asambleas políticas en el teatro; el senado romano deliberaba en los templos.

## II. – Los dioses domésticos

Algunas de estas divinidades, que pueden llamarse oficiales y tenían templos, sacerdotes, y un culto público con los homenajes de la multitud, eran además honradas de una manera especial en las *gentes*, *sacra gentilicia*. Cada una de las grandes familias tenía su dios protector, como nuestras corporaciones de la edad media elegían en el cielo un santo patrono ó abogado, y este culto unía estrechamente á todos los miembros de la *gente*. Renunciar á él era perecer: la *gente* no sobrevivía al abandono de su antiguo altar. Refiere Tito Livio que habiendo los Poticios remitido al Estado el culto de Hércules, particular á su raza, murieron todos aquel año.

*Matri Magnæ*. A la Gran Madre, la Tierra

Todas las casas, aun las más pobres, tenían también sus dioses domésticos, humildes y modestos, algunos invisibles, como los Genios y los Manes; otros, los Penates y los Lares, representados por figurillas informes de barro, apenas moldeado y cocido al horno, pero tan venerados como lo son hoy las santas imágenes entre los campesinos rusos. Distínguense mal unos de otros, porque representan todos de una manera más ó menos neta la idea de protectores sobrenaturales, que desde el seno del mundo invisible continúan velando en bien de la casa en que habían vivido. Nuestros ángeles custodios y santos tutelares son como un recuerdo de estos antiguos penates y de estos buenos genios.

Feronia (2)

Pongamos desde luego aparte la multitud innúmera de genios. Conocida es esa extraña doctrina que duplica al hombre y aun al dios dándole en vida dos existencias, una de las cuales continúa después de la muerte (3). Los genios presidían á todos los fenómenos de la vida física y moral: nada se hacía sin ellos, y su gracia ó enemistad se extendía al individuo, á la familia, á la ciudad, á la nación entera.

El Tíber

Los penates ó dioses interiores, que llamaba Virgilio dioses paternales (4) eran los espíritus de la casa, donde mantenían la abundancia, *penus*. A los lares ó señores, espíritus de los antepasados se referían todos los caros y dulces recuerdos. Los lares participaban de las alegrías y dolores de la familia, se asociaban á su buena ó mala fortuna. No había fiesta en que no tomaran parte; en todos los faustos sucesos se les coronaba de flores ó de follaje, y al tomar un joven la toga viril les consagraba la *bulla* que había llevado. Ni había tampoco comida de que no se apartara para ellos una porción, especie de comunión con el dios, que en circunstancias graves se realizaba por la ciudad entera

(1) Reproducción antigua conservada en el Museo Capitolino.

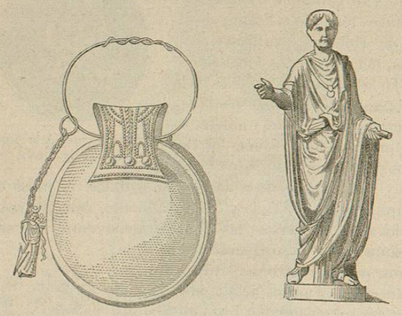
(2) Esta moneda, acuñada en tiempo de Augusto por el triunviro monetario Petronio Turpiliano, representa á la diosa Feronia, que no debió quedar contenta del artista; pero los artistas romanos, aun en la época en que recibían más directamente la influencia del arte griego, no buscaban á sus diosas en el cielo, sino en el campo romano. La Minerva del magnífico cisto de Preneste parece una campesina.

(3) *Sub terra censebant reliquam vitam agi mortuorum* (Cic. Tuscídides, I, 10).

(4) Mac. (Sat. III, IV, 6 y 8) llama á los penates dioses particulares de los romanos: *diis Romanorum propriis... per quos penitus spiramus, per quos habemus corpus, per quos rationem animi possidemus.*

cuando convidaba á sus divinidades poliadas al solemne festín del *lectisternio*.

En una época ya escéptica, Plauto pone en escena uno de estos lares, el cual explica á los espectadores el asunto de una comedia del gran cómico latino. «Soy, dice, el dios familiar de esta casa. Desde hace muchos años tengo la guarda de ella y sobre ella velo de padres á hijos. El abuelo del dueño actual me confió con muchas instancias un tesoro, que sin que nadie lo supiera hubo de esconder bajo



1. *Bulla* (1). – 2. Adolescente romano con la *bulla* (1)

el hogar, recomendándome que lo guardara. Era un avaro, y partió sin decir una palabra de esto á su hijo. Muerto él, observé la conducta del hijo para cerciorarme de lo que tenía que esperar de él, y muy luego reconocí á mi pesar que era tan avaro ó más que el padre, pues aun disminuía para mí el gasto. Yo lo castigué, pues no supo nunca lo del tesoro. Su hijo le parece al padre, como éste al abuelo; pero su hija no deja pasar día sin ofrecerme incienso, vino y suplicaciones. Así, pues, para ella será el tesoro.»

Quitad la risa poco respetuosa del poeta que hace del dios familiar una máquina de teatro, y encontraréis el dios cuyo culto fué el consuelo y la esperanza de muchas generaciones.

Al culto de los lares estaba asociado el del fuego doméstico, y puede decirse que los dos sillares que sostenían la sociedad romana eran la piedra del hogar y la piedra del sepulcro. La familia se había formado al rededor de la una, y á pesar de la dolorosa separación, continuaba al rededor de la otra. Quien no tenía penates andaba errante en la vida, como el que no tenía sepulcro andaba errante en la muerte: así, el hogar doméstico era un lugar sagrado. En las calendas, en las nonas, en los idus, todos los días de fiesta, se colgaba sobre él una guirnalda de flores (2) y á su entrada en la casa, el padre de familia saludaba ante todo á los lares del hogar (3).

La diosa Vesta reinaba en el hogar público «llama viva que no da ni recibe ningún germen de vida» (4); por consiguiente, virgen inmortal, que no quiere tener más que vírgenes por compañeras. Cada casa poseía también una Vesta doméstica: el hogar era su altar y el fuego que ardía en él era un dios; el dios que mantenía la vida en la casa, como el sol en la naturaleza, que cuece el pan, fabrica las herramientas, ayuda en todos los trabajos; pero también el dios que purifica y no se mancha jamás, el dios que recibe los sacrificios y lleva á las demás divinidades los ruegos y deprecaciones de los mortales, cuando la llama avivada por el aceite, por el incienso y por la grasa de las víctimas, brilla y se lanza hacia el cielo.

«¡Oh caro hogar! dice un himno órfico; tú que eres siempre joven y bello, haznos dichosos siempre; tú que sustentas, recibe de buena voluntad nuestras ofrendas, y en cambio, danos la dicha de la salud.»

Con menos fervor religioso, pero con emoción que hace comprender este culto eterno del hogar, dirá más tarde Cicerón:

«Aquí está mi religión, aquí mi raza y las huellas de mis padres. No sé qué encanto encuentro en este lugar, que penetra mi corazon y mis sentidos.»

Y nosotros también, los modernos, sentimos, si no hablamos como Cicerón, cuando volvemos á sentarnos al hogar paterno.

### III. – Los Manes

Las almas de los muertos eran de dos maneras: las de los malos, los *Larvas*, y las de los buenos, los *Manes*.

Los manes, los *seres puros*, eran los muertos purificados por las ceremonias fúnebres y convertidos en protectores de los que habían dejado tras sí en la vida. En Roma, como en todas partes, no se creía que el muerto lo fuera absolutamente: tenía su morada como el vivo, y su hogar era el sepulcro. Allí comenzaba una segunda vida, triste, pero tranquila, si los ritos funerarios se habían observado; colérica y desdichada, si no se le habían hecho honores fúnebres. Separado de sus restos mortales, el ser humano no dejaba la tierra para subir á las regiones etéreas ó descender á los infiernos: invisible, pero presente siempre, permanecía al lado de los que le fueron caros, inspirándoles juiciosos pensamientos y protegiendo su vivienda y sus bienes, á condición, sin embargo, de que los vivos tributaran al muerto el culto de los mayores. En el origen eran crueles estos ritos, á lo menos en el día de los funerales, porque se creía que los manes amaban la sangre. Sobre el sepulcro de un rey ó de un héroe era inmolada su esposa, sus esclavos, su caballo de guerra, ó cautivos; y de esta costumbre provinieron las luchas de gladiadores, que fueron al principio, como después entre nosotros los autos de fe, actos de devoción.

Adoración ante un sepulcro (5)

Pero en los aniversarios, los manes quedaban satisfechos, como los parientes vinieran á adornar el sepulcro con guirnaldas de follaje, como nosotros con flores, á depositar en él tortas de harina y miel, y hacer libaciones de vino, leche y sangre de una modesta víctima. Ellos asistían invisibles á éstas piadosas ceremonias y tomaban su parte de las ofrendas. Gran número de bajo-relieves y pinturas representan muertos haciendo *su comida elísea*. Luciano, que se ríe de todo, se burla de este apetito de los muertos; y efectivamente, en su tiempo, y aun antes de él, eran unos pobres

(1) El número 1 representa el anillo ó aro que llevaban los niños al cuello hasta la edad de 14 años. Lleva pendiente de una cadenilla una estatuita de Isis, como amuleto preservativo de todo mal. Los pobres usaban la *bulla* de cuero. El número 2 reproduce una estatua del Louvre, representando á un muchacho llevando la *bulla*.

(2) Catón, *de Re rust*, 143.

(3) Ibid. 2.

(4) *Vivam flammam... quæ semina nulla remittit nec capit.* Ovidius, *Fast.* VI, 261-94.

(5) Tomado de un vaso en que se representa á Orestes acercándose al sepulcro de Agamenón.



diablos los rateros de los sepulcros, *bustirapi*, que hacían el papel de los muertos, hurtando de noche los alimentos depositados en los sepulcros. Pero las gentes piadosas creían que con estas ofrendas se granjeaban la benevolencia de los manes y que omitirlas era exponerse á su cólera. Entonces, vagando en la silenciosa noche, venían á espantar á los vivos, ó á introducir la enfermedad en sus ganados, ó á poner la esterilidad en sus tierras (1). También, aun en tiempo en que la devoción á Júpiter había singularmente menguado, escribía Cicerón: «Dad á los manes lo que les es debido y tenedlos por seres divinos, pues nuestros mayores quisieron que los que salieran de esta vida estuvieran en el número de los dioses (2).»

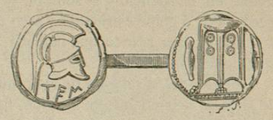
Nosotros nos santiguamos al pasar por delante de un sepulcro: los romanos decían al muerto: *Duerme en paz*, ó bien: sénos propicio. Y lo saludaban con el mismo movimiento de adoración que á los mismos dioses. Aun cuando una familia se viera obligada á vender el campo en que estaba su bóveda funeraria, la ley le reservaba el derecho de tránsito, para que pudiera ir á cumplir los ritos sagrados (3). A la vuelta de las *Feralias*, el último día de la fiesta de los muertos, se celebraban en todas las casas las *Caristías*, festines en que tomaban parte todos los parientes. En ellos se recordaban los hechos gloriosos ó faustos de la familia, adorábase en común á los lares protectores de la casa paterna, y se separaban con mutuas optaciones de prosperidad. «A este banquete fraternal, dice Ovidio, venía siempre á sentarse la Concordia.»

Esta religión de la muerte es á la vez la más antigua y la más simpática, pues establece un vínculo entre las generaciones pasadas y las que les sobreviven. El alma de los antepasados era el alma de la familia, y había en esta firme creencia un gran principio de conservación social.

Pero notemos que esta fiesta de los muertos difería esencialmente de la nuestra, que es una hermosa idea de caridad universal, continuada más allá del sepulcro: la oración por todos, para aquellos que no tienen á nadie. Entre los romanos, el culto de los muertos era esencialmente doméstico. Solamente los allegados podían hacer las ofrendas, y ningún extraño tenía el derecho de asistir á las comidas funerarias, piadosa representación de los banquetes de la vida elísea, única alegría que romanos y griegos hubieran inventado para sus muertos. El hombre que moría sin dejar familia tras sí, carecía de estos honores que eran el reposo y consuelo de los muertos. Así, para evitar esta desdicha, el romano sin hijos se creaba una especie de familia legal, á falta de la natural, y sólo á una creencia religiosa ha de atribuirse la importancia de la costumbre civil de las adopciones, tan frecuentes en Roma como raras son entre nosotros. Los colegios funerarios, en tiempo del imperio, será otra manera de crearse allegados que puedan cumplir los ritos necesarios á esta segunda vida del sepulcro.

Los larvas, mensajeros de la mansión sombría, traían á los vivos los sueños funestos, las visiones amenazadoras y las apariciones terribles: eran los fantasmas que poblaban las sombras, y cuya cólera se conjuraba ó se procuraba conjurar tirando por debajo del hombro habas negras ó golpeando un vaso de bronce. No todos se ahuyentaban con tan poco, y á cargo de algunos de ellos corrían lúgubres y espantables cuentos, que corroboraban la creencia en los genios maléficos.

«Habiéndose detenido Ulises en Temesa, á orillas del *Brucio*, dicen Pausanias y Estrabón, uno de sus compañeros, Polites, hubo de ultrajar á una doncella, y fué apedreado por los habitantes. Ulises no hizo nada para vengar este asesinato y aplacar á los manes del héroe, y con esto, el espectro de Polites venía todas las noches á sembrar el espanto y la muerte entre las gentes de Temesa. Para sustraerse á su enojo, iban á abandonar la ciudad, cuando la pitia les reveló que aplacarían la cólera del héroe, erigiéndole un santuario y ofreciéndole todos los años la más hermosa de sus hijas. En efecto, se le construyó el edículo en lo más espeso de un bosque de olivos silvestres, y todos los años se consumaba en él tan duro y cruel sacrificio, hasta el día en que un famoso atleta de Locres, llamado Eutimos, entró en el templo, vió á la hermosa doncella destinada al sacrificio, y movido á la vez de compasión y de amor se resolvió á libertarla, combatiendo la noche siguiente con el demonio.




Temesa del Brucio ó Abruzzo (4)

»Y lo venció, lo arrojó del territorio y lo obligó á precipitarse en las ondas del mar Jonio. Desde entonces no volvió nunca á aparecer el espectro fatal; pero por mucho tiempo subsistió el proverbio: *Guárdate del héroe.*»

### IV. – Naturalismo de la religión romana y devoción formulista

Hay poesía en las ceremonias piadosas hechas al rededor del hogar y del sepulcro; la hay también, aunque de otra manera, en el culto de los bosques sagrados. El Apenino estaba entonces cubierto de esos inmensos bosques cuyo silencio y misterio hubieron de inspirar religioso terror por espacio de mucho tiempo. Para encontrar protección en medio de estos peligros desconocidos y tanto más imponentes, se consagraba en un claro un grupo de árboles, que venía á ser un templo y un asilo inviolable. A veces un solo árbol, el que el rayo había herido, ó aquel cuya copa dominaba todo el bosque y no dejaba parar nada bajo su densa sombra, era tenido por un ser divino.

En 456, tres embajadores de Roma fueron á reclamar de los ecuos el cumplimiento de un tratado. El jefe, muy bien asentado á la sombra de una inmensa encina, les contestó por irrisión: – Dirigíos á este árbol; yo tengo otras cosas que hacer para prestaros oído. – Pues bien, – repuso uno de los romanos, – que esta sagrada encina y el dios que la habita, cualquiera que sea, sepa que habéis violado la fe prometida, oigan favorablemente nuestras quejas y nos asistan en el combate!

Virgilio y Lucano veían los restos subsistentes de este viejo naturalismo, y hablan de árboles venerados, del olivo de Fauno, de que los marinos, á la vuelta de una navega-

(1) *... Tacitæ... tempore noctis*
*Perque vias urbis, Latiosque ululasse per agros*
*Deformes animas.*
(Ovid. *Fast.* II, 55, 2.)

(2) Cic. *de Leg.*. II, 9 y 22... *Majores eos, qui ex hac vita migrassent, in deorum numero esse voluissent.* Conviene recordar esta creencia tan persistente entre los romanos, cuando veamos á los emperadores declarados *divi*.

(3) Dig., XVIII, 1, 6. Estos derechos del sepulcro se encuentran hasta en el extremo Oriente. Entre los anamitas, los hijos heredan por igual los bienes de su padre, salvo el mayor, que tiene una parte más, á condición de cuidar de los sepulcros de los mayores.

(4) En el anverso las tres primeras letras del nombre de la ciudad y encima un casco; en el reverso una trípode entre dos jambas: moneda de plata.